

gía en ella. Desde 1592 trabajaron allí cuatro Padres, Gonzalo de Tapia, Martín Pérez, Luis de Santiago y Juan Bautista de Velasco. A principios del año siguiente, 1593, hizo un viaje a Méjico el P. Gonzalo de Tapia, llevando consigo algunos indios convertidos en Cinaloa, para mostrarlos al Virrey y a nuestros superiores. No declaran nuestras historias claramente el objeto de este viaje; pero parece haber sido el obtener del Virrey algún subsidio constante, para poder vivir en medio de tanto desamparo. Pedir a los indios el sustento propio era alejarlos del Evangelio, y por eso allí como en todas partes se juzgó indispensable buscar el sustento en la liberalidad del Rey o en otra parte, para no tener que pedir nada a los mismos naturales. Sabemos por una cédula real del año siguiente que el Virrey concedió al P. Tapia algún socorro en dinero. Probablemente entonces se asentó lo que vemos practicado poco después, y era el suministrar la Caja real doscientos cincuenta pesos anuales a cada misionero, cantidad que en 1608 se subió a trescientos (1). Con este medio nuestros Padres, lejos de ser gravosos a los indios, tenían medios para subsistir y aun para hacer algunos regalillos a los convertidos o a los que deseaban convertirse.

Volvió el P. Tapia a su misión de Cinaloa, y al mismo tiempo el Virrey de Méjico D. Luis de Velasco juzgó prudente, por Febrero de 1593, enviar un capitán y seis soldados españoles, y además decía él «un alcalde mayor que mire por los naturales y los ampare de quien los quisiere agraviar, que hay por allí algunos españoles pobres que se sustentan entre ellos, y si faltase quien los corrigiese, harían demasías, como lo suelen hacer» (2). Con este pequeño refuerzo el pueblecito de San Felipe y Santiago se acrecentó algún tanto y tomó apariencias de municipio español. En aquel mismo año los españoles de las minas de Topia rogaron al P. Tapia que pasase a visitarlos y a evangelizar a los indios que trabajaban en la mina. Hizo una breve excursión y difundió los bienes espirituales primero a los españoles, a quienes oyó en confesión, y después hizo cuanto pudo con los indios que trabajaban en aquel presidio.

Vuelto al centro de sus operaciones, esto es, a Cinaloa, hubo de padecer bastante por una epidemia terrible que se declaró entre los indios y se llevó a centenares de ellos en brevísimo tiempo. Los

(1) Sevilla, Arch. de Indias, 58-3-16. El virrey D. Luis de Velasco a los oficiales de la Real Hacienda. Méjico, 9 Setiembre 1608.

(2) *Ibid.*, 58-3-11. Velasco a Felipe II. Méjico, 25 Febrero 1593.

Padres procuraron asegurar la eterna salvación de los que iban muriendo. Bautizaron a muchísimos niños y también a no pocos adultos, a los cuales instruían brevemente en lo más indispensable de nuestra santa fe, y confiriéndoles después el sacramento de la regeneración, los enviaban limpios de sus culpas al cielo. También atendieron a remediar en cuanto podían las necesidades temporales de los pobres indios; pero en esto, siendo tan limitados sus recursos, bien se entiende cuán poco podían hacer por ellos (1).

Entró el año 1594, en el cual había de alcanzar la corona del martirio el superior de aquella gloriosa misión. Proseguía bautizando y catequizando a los que podía y predicando a los ya convertidos, cuando de repente surgió una perturbación inesperada. Algo cerca vivía un indio llamado Nacaveva, hombre brutal y de aviesas entrañas que, introduciéndose entre los neófitos, hacía burla de los Padres y les exhortaba a volver no solamente a los errores gentílicos, sino más aún a las borracheras y liviandades de que se habían apartado. El P. Tapia procuró con buenas palabras hacerle volver en sí; viendo que esto no aprovechaba, juzgó necesario acudir al brazo seglar, y avisó de aquel desorden al alcalde del pueblo de San Felipe. Este echó mano del indio, le hizo castigar con azotes y le cortó la cabellera, cosa que ellos miraban como una insigne afrenta, tanto que si a alguno se la cortaban, solía esconderse en los bosques hasta que de nuevo le creciese el cabello. Indignado Nacaveva por esta afrenta y castigo, juró vengarse de los Padres y preparó la muerte del P. Gonzalo de Tapia... Había éste formado a poca distancia de San Felipe algunos pequeños pueblecitos de indios, donde vivían recogidos los neófitos. Uno de éstos que distaba una legua del pueblo español, se llamaba Toboropa. Llegó, pues, un día el P. Gonzalo, en compañía de otros dos caciques convertidos, a predicar como solía y enseñar la doctrina cristiana a los bárbaros que vivían allí. Los que le habían acompañado tuvieron no se qué indicios de que se preparaba alguna conjuración contra el Padre, y le avisaron que sería bueno retirarse a toda prisa a San Felipe. El misionero, no entendiendo su peligro y atribuyéndolo a miedo y aprensión de los indios, les dijo que se volviesen ellos en buen hora, pues él no tenía motivos de temer nada. Volviéronse, en efecto, los indios, y queda-

(1) Sobre esta epidemia véase al P. Rivas, l. II, c. 6, y mejor aún al P. Alegre, t. I pág. 262, donde copia algunas cartas de los PP. Tapia y Velasco acerca de esta tribulación.

ron con el Padre un mulato y un niño de los que enseñaban con él la doctrina. Habiendo gastado todo el día en enseñar a chicos y grandes, cuando llegó la noche, púsose el P. Tapia en la puerta de su casita de paja a rezar el santo rosario. Entonces Nacaveva con otros siete ú ocho de sus parientes se acercó sigilosamente a la morada del misionero, rodeándole por todos lados. Quedóse él con otros seis emboscado a corta distancia y dos de ellos empezaron a acercarse con mucho silencio al Padre. Cuando éste los vió venir, sospechando algo malo, les preguntó: «¿Qué queréis?» Entonces el primer indio, dando un brinco poderoso, se puso ante él, y con una macana que tenía en las manos le descargó un golpe en la frente que derribó al misionero en tierra, dejándole medio aturcido. Volvió, sin embargo, en sí, y empezó a dar voces a los indios, diciéndoles que no le matasen, ni cometiesen tan horrible pecado; pero entonces Nacaveva y los otros siete salieron de su emboscada, rodearon a su víctima, y acometiéndole sin piedad, le acabaron de matar. Nacaveva traía en las manos un hacha y con ella le cortó la cabeza y el brazo izquierdo. Al instante robaron el cáliz y los ornamentos sagrados, huyeron á toda prisa llevándose la cabeza, el brazo y las alhajas del difunto y se refugiaron en la nación de los zuaques, que vivían a cierta distancia, y no estaban todavía del todo pacificados con los españoles. Ocurrió el martirio del P. Gonzalo de Tapia el día 11 de Julio de 1594 (1).

Ilustre memoria ha dejado de sí el P. Gonzalo de Tapia, que fué el primer jesuita que regó con su sangre el territorio de Nueva España. Había nacido en León, de padres honrados, el año 1561. Estudiaba la gramática en el colegio que la Compañía tenía en aquella ciudad, cuando se sintió llamado a la vida religiosa, y pocos años después pidió ser enviado a las Indias. En 1584, no ordenado todavía de sacerdote, pasó a Méjico, y, por de pronto, suplió a un maestro enfermo en el colegio de Oajaca. Poco después le mandaron continuar sus estudios, y habiéndolos terminado y ordenándose de

(1) Dos relaciones contemporáneas tenemos de este martirio: una breve y anónima, que probablemente sería redactada por alguno de los otros tres misioneros, y otra más extensa, escrita por el P. Martín Peláez, quien llegado a aquel país luego de muerto el P. Tapia, interrogó al mulato y al niño que le acompañaban y pudo recobrar la cabeza, el brazo y el cáliz del difunto. Esta relación la dirigió al P. Avellaneda y éste la mandó al P. General. Son diez páginas en 4.º con este título: «*Relación de la muerte del P. Gonzalo de Tapia para el P. Diego de Avellaneda, preposito de la Compañía de Jesús de Toledo. 1594.*»

sacerdote, empezó a trabajar muy pronto en la conversión de los indios. El celo y entusiasmo que mostraba en este empleo hicieron que le escogiesen para fundar la misión de Cinaloa, empresa gloriosa en que gastó tres años, sellando al fin su predicación con el derramamiento de su sangre. Su compañero, el P. Martín Pérez, escribiendo al Provincial de Méjico, nos da estas noticias interesantes acerca del carácter y virtudes del P. Tapia: «Era, dice, afabilísimo con los indios y sentábase con cualquier pobrecito y viejecita, preguntábales sus necesidades corporales y acudiales con cuanto podía y dábale pena no poder socorrerlas todas, y por dar sin escrúpulo escribió a V. R. pidiéndole licencia para acudir en lo que pudiese a las necesidades corporales de indios y españoles. Las espirituales socorría con su ejemplo y doctrina. No podía estar quedo; visitaba a menudo los pueblos, y en llegando a ellos tomaba un bordón, visitaba los enfermos, consolábalos, dábales de comer por su mano y buscaba quien los curase... Sabía cuatro lenguas de indios y acomodóse a su estilo y modo. Muchas veces me maravillaba considerando por una parte su entendimiento tan capaz y otras muchas partes, y por otra su humildad y descuido del mundo. Parecía que andaba huyendo de los españoles, por dar el tiempo que con ellos podía gastar a los indios, y dábale Nuestro Señor mucho gusto en esto. Su oración era muy frecuente... Su comer era muy templado, y aunque las comidas de la tierra no le hacían buen estómago, lo llevaba con contento. Su cena, de ordinario, era un poco de atole; no dormía en colchón, ni le traía por los caminos y procuraba no lo supiesen los Padres y avisó al Hermano custodio que no nos lo dijese. Nunca le vi enojado, aunque tuvo muchas ocasiones para ello. Sufría con extraña mansedumbre las impertinencias de los bárbaros» (1).

Poco después de muerto el P. Tapia, llegó a la misión el P. Martín Peláez, y a costa de algunas diligencias pudo recobrar de los zuaques la cabeza del mártir y el cáliz de que se servía para el santo Sacrificio. Estos objetos fueron transportados a Méjico y conservados con la veneración que merecían (2).

4. No por eso descaeció la misión de Cinaloa. Nuevos operarios se animaron a continuar en aquella empresa gloriosa, que siempre fué en aumento durante el generalato del P. Aquaviva. Una modi-

(1) Méjico. Archivo nacional. *Historia*, 15. [Colección del P. Figueroa], fol. 47 v. Cinaloa, 8 de Febrero de 1595.

(2) Todo esto nos lo refiere el mismo P. Peláez en la relación citada

ficación importante introdujo el Virrey D. Luis de Velasco en aquella misión a consecuencia del acontecimiento pasado, y fué enviar a Cinaloa un capitán español con 24 soldados para que protegiese a los misioneros contra los insultos de los bárbaros. Este capitán fué al principio Alonso Díaz; pero poco después se aumentó el número de soldados hasta 32, y entró a dirigirlos un hombre que ha dejado en nuestras crónicas gratísima memoria.

Diego Martínez de Hurdaide, hijo de padre vizcaíno, había nacido en la ciudad de Zacatecas, y desde muchacho sentado plaza de soldado con el Gobernador D. Francisco de Ordíñola. Muy pronto se dió a conocer por su valor; pero con el tiempo mostró que no era solamente valeroso, sino que poseía otras grandes cualidades que le hicieron muy apto para el empleo que se le confirió. Juntábanse en este hombre la piedad sólida del antiguo caballero español, la prudencia del capitán y la audacia del aventurero. El P. Pérez de Rivas, que le conoció y trató tantos años, dedica un capítulo entero a describir las cualidades de este hombre simpático. Dícenos lo siguiente: «La estatura de cuerpo del capitán Hurdaide era muy pequeña, tenía los pies zopos o torcidos y encontrados, y con todo, tenía tan grande fuerza de cuerpo y brazos y tan grande ligereza en tales pies, que era un gamo en correr tras un indio por una ladera, y si le prendía con las manos, estaba segura la presa... En más de treinta años que anduvo en refriegas con los enemigos y más de veinte batallas campales y muy peligrosas que tuvo con ellos, no le cogieron soldado ni cabeza de ninguno de ellos. Porque aunque él y ellos salieron no pocas veces muy heridos y de las heridas murieron algunos vueltos de la jornada, pero nunca se gloriaron los enemigos de haber bailado con cabezas de españoles en tiempo del capitán Hurdaide» (1). Este hombre estaba, como puede suponerse, íntimamente unido con los Padres, siempre vigilante para protegerlos de los enemigos y para apoyar las expediciones sagradas que ellos emprendían. ¿Rebelábase alguna nación contra los españoles? Al punto armaba sus soldados el capitán, reunía algunos centenares, y tal vez miles de indios amigos, y con presteza sin igual lanzábase sobre los rebeldes y les obligaba a deponer las armas. ¿Entraban algunos hechiceros a perturbar los pueblos de los neófitos? Corría el capitán en busca de ellos, y tarde o temprano les echaba la mano,

(1) *Hist. de los triunfos de nuestra santa Fe*, l. II, c. 20.

con lo cual, o se enmendaban, o pagaban con la vida. Con el apoyo de este hombre extendieron los jesuítas sus conquistas espirituales desde el norte de Culiacán hasta más allá del río Hiaqui, durante el generalato del P. Aquaviva.

Un peligro corrió esta misión en el año 1602, peligro de que tal vez no se dieron cuenta los mismos misioneros. Los oficiales reales que en Méjico proveían a los jesuítas y soldados, objetaron que aquella misión costaba mucho dinero a Su Majestad. En la tierra no había minas; era menester proveer a más de una docena de misioneros, pagar a 32 soldados y suministrar las municiones necesarias para la guerra. Vinieron a sacar en limpio que gastaba Su Majestad 17.000 pesos anuales en aquella misión. Propusieron, pues, sacar todos los indios bautizados y hacerles ir a vivir unas 100 leguas al Sur, donde pudieran estar en la vecindad de pueblos españoles. Discutióse largamente sobre este negocio, y fueron consultados varios oidores: un religioso dominico, otro agustino y algunas otras personas de respeto. Después de algunos debates se resolvió que se continuase la misión como hasta entonces, pues aunque algo costaba a la Hacienda real, no se podía dejar de las manos una empresa de tanta gloria de Dios y provecho de las almas (1).

5. Al mismo tiempo que el P. Tapia regaba con su sangre los fundamentos de la misión de Cinaloa, emprendían los Padres de la Compañía otra faena apostólica de mucha importancia. Al Oeste de Zacatecas, cerca de la sierra de Nayarit, vivía el pueblo de los chichimecas, gente valerosa que en tiempos anteriores se habían extendido hasta Méjico y nunca habían sido dominados del todo por los españoles. De tiempo en tiempo se sentían más o menos las incursiones de estos bárbaros y daban en qué entender a las poblaciones españolas que estaban más vecinas. En 1594 juzgó el Virrey D. Luis de Velasco que sería conveniente enviar una misión de la Compañía que evangelizase a estos indios. Admitieron nuestros superiores la idea, y fueron designados para esta expedición los PP. Francisco Zarfate y Diego Monsalve. Llegaron a los chichimecas en el mes de Setiembre de 1594, llevando consigo cuatro niños del seminario de San Martín de Tepozotlán, que sirvieran de catequistas y pudieran enseñar a los convertidos los cánticos piadosos que ellos habían aprendido (2). Había fundado el Virrey D. Luis de Velasco el pueblo de

(1) Véase el acta de esta consulta en Sevilla, Archivo de Indias, 58-3-14.
 (2) Sobre esta misión a los chichimecas, véase el P. Alegre, t. I, pág. 281.

San Luis de la Paz con alguna población de españoles, deseando que en torno de ella fuesen agrupándose los chichimecas convertidos. Hubo al principio sus trabajos, como en todas las misiones; pero poco a poco la paciencia de los Padres y la constancia y prudencia en tratar con los bárbaros les fué abriendo camino. Empezaron a evangelizar a los mayores y formaron una escuela de niños, donde les enseñaban, no solamente las verdades de la fe, sino los cánticos sagrados, que habían de atraer después tanto a los gentiles. Progresaba poco a poco esta misión, cuando en 1596 ocurrió un pequeño conflicto, de que no hablan nuestros libros, pero que no debemos disimular.

Es el caso que para facilitar la conversión y la reducción a pueblos de los chichimecas, ocurrió la idea, no desacertada, de trasladar a aquel país una colonia de tlascaltecas cristianos, indios convertidos ya desde tan antiguo y que podían servir de buenos auxiliares a los españoles de San Luis. Pensó, naturalmente, el Virrey, Conde de Monterrey, que estos tlascaltecas serían doctrinados por los jesuitas, como lo eran los indios del país; pero he aquí que se presentan los franciscanos, y quieren pasar con aquellos colonos a los cuales habían doctrinado hasta entonces. Protestaron los tlascaltecas al Virrey de que sus doctrineros habían sido siempre los franciscanos, y no podían ser otros, y mostraron una cédula real en esta razón. Detúvose el Conde de Monterrey al ver esta cédula; y véanse las reflexiones que escribió a Felipe II sobre este negocio y sobre los misioneros jesuitas:

«Aunque se presumía que esto salía de los mismos religiosos [franciscanos] y no era lo que convenía, hube de pasar por ello, por no alterar lo que Vuestra Majestad mandaba, y porque no haciendo así, fuéales muy fácil mudar a los indios y desbaratar la salida que no sin dificultades se había concertado, y así hubieron de ir y están hoy con ellos en las poblaciones religiosas de esta Orden. Pero sin embargo de esto, la experiencia ha mostrado que para atraer y aficionar a nuestra santa fe católica a gentes tan bárbaras y de tan diferentes naciones y lenguas y para doctrinallos en ellas les hacen grande ventaja los Padres de la Compañía, de que tengo clara evidencia por diversas razones, que por evitar prolijidad deo de referir en ésta, y entre ellas es de mucha consideración, que no se aplican los frailes a aprender las lenguas, sin cuyo adminículo no es posible recoger el fruto que se pretende. Demás, que los obispos ponen clérigos en las poblaciones que se han fundado en minas, para

que administren a los españoles e indios noborios [neófitos] que trabajan en ellas, y de ordinario los frailes tienen pesadumbre con los clérigos, pretendiendo administrar también a estos noborios, siendo gente diferente de los de Tlascal y Chichimeca que están a su cargo, de que se sigue y ha seguido escándalo y mal ejemplo para los que nuevamente vienen en conocimiento del Evangelio.

Los Padres de la Compañía van por camino diferente, porque se dan a las lenguas y las aprenden con facilidad y tratan a los indios amorosamente, con todo deseo de su provecho y muy desinteresados de todo lo demás. Son amados y respetados de los clérigos y españoles y de los mismos indios, a quien no les piden ni toman cosa alguna, sino es lo que voluntariamente les dan de lo que comen para su sustento, y así les corresponde el fruto a manos llenas, conforme al espíritu y deseo con que trabajan, y esto se ha echado bien de ver en diversas misiones donde han ido, y más particularmente en la provincia de Cinaloa, donde residen cuatro de ellos con mucha aprobación, como a Vuestra Majestad lo he significado antes de ahora, y el Gobernador Rodrigo del Río me lo ha escrito diversas veces con larga relación de todo. Por estas causas estoy resuelto de aprovecharme de ellos antes que de otros religiosos en las ocasiones que se ofrecieren» (1).

Enterado Felipe II, por esta y otras cartas de Nueva España, del estado de la cuestión, despachó dos reales cédulas importantes, una dirigida al Provincial de San Francisco el 25 de Junio de 1597. En ella muestra Su Majestad alguna sorpresa de que los frailes no se apliquen tanto como deben al estudio de las lenguas de los indios, y de que impidan la entrada de la Compañía de Jesús en el país de los chichimecas. Encárgale procure que sus súbditos aprendan las lenguas indígenas «y no estorben, dice el Rey, la entrada a las demás órdenes que supieren las lenguas, y con celo del servicio de Dios y mío y bien de los indios se quisieren ocupar en su doctrina y enseñanza» (2).

Con la misma fecha escribió al Virrey de Nueva España, mandándole lo siguiente: «A los Padres de la Compañía agradeceréis de mi parte el cuidado en que han acudido a ello [al estudio de las lenguas], y los animaréis para que lo continúen» (3). Cumplió el Conde

(1) Sevilla. Arch. de Indias, 58-3-11.

(2) *Ibid.*, 87-5-1.

(3) *Ibid.* Al Conde de Monterrey. San Lorenzo, 25 Junio 1597.